

(1969), recogido y publicado en *Vecindad, familia y técnica* (1974); y los capítulos «Una nota al P. Laramendi», «Sobre el vocabulario del derecho penal vasco», «Sobre el léxico vasco», «En torno al centenario de «Villinch», recogidos todos ellos en su obra «Sobre historia y etnografía» (1982); y tantas otras investigaciones etnográficas suyas, salpicadas de textos vascos y análisis del vocabulario vasco.

De esta forma, a través de la lengua vasca ha podido recoger las imágenes el ser humano que habla el vascuence. «Desde “dentro” nos encontramos con que el vasco hablante hace una distinción radical entre el idioma propio («euskera», «euskara», «uskara») y el ajeno («erdera»): entre el que habla su idioma («euskaldun») y todos los demás. El que habla otro idioma es «erdeldun»: algo así como el bárbaro para el griego. De esta suerte hay un «nosotros» lingüístico y un «los demás» que también lo es»⁹². Pero las imágenes lingüísticas del vasco no terminan aquí: «Hay enormes diferencias entre la imagen del mundo del hombre que hablaba vasco en el siglo XVIII y la del que ahora habla: nada se diga del que pretende empezar a hablarlo... El idioma se llena y se vacía como los arcaduces de la noria. Lo importante es la noria, dirán muchos. Sí. Pero tampoco hay que creer que ésta se arregla bien con petachos ni con modificaciones radicales. ¿Entonces? Creo que el problema no son sólo los gramáticos y los políticos los que lo pueden resolver. Es un problema cultural muy grave y el voluntarismo infantil de bastantes de los que lo «atacan» no hará más que agravarlo más. El idioma necesita ante todo de artífices que lo trabajen y que lo hagan atractivo. Necesita también reflejar algo más que un programa o unos programas políticos. De lo contrario se convierte en un pequeño sistema simbólico o en un idioma hierático»⁹³.

Con la última parte de la cita que acabamos de transcribir pasamos a un nuevo campo de consideraciones. Se estudia la lengua como factor político o como caracterizador de una identidad dinámica. Ante esto el discurso de Julio Caro Baroja adquiere vivacidad: «La caracterización fundamental, primera, de lo vasco, según la lengua, resulta que sirve y no sirve a la par, y que en sí es un motivo de controversia e incluso de lucha violenta. En muchos puntos del país se leen letreros que vienen a decir que en Euskal-Erria hay que hablar vasco, como si pensar silogísticamente tuviera validez en éste y en cualquier otro orden. A veces estos letreros se hallan en pueblos que no lo hablan desde hace ciento cincuenta años o más. La lengua vernácula se pretende vivificar, de acuerdo también con un voluntarismo absoluto, y no sólo se usa como medio de comunicación normal, sino como medio de divulgación de violentas ideas políticas, es decir, que la lengua sirve para marcar diferencias y subrayar adscripciones a un grupo. Esto produce reacciones y tensiones. Esto vuelve a ponernos ante el viejo concepto

⁹² Julio Caro Baroja, *Problemas vascos de ayer y de hoy*, op. cit., pág. 11.

⁹³ Julio Caro Baroja, *Sobre historia y etnografía vasca*, op. cit., pág. 8.

de «nosotros» y «todos los demás». Pero ahora, «todos los demás» no están fuera. ¿En qué contexto social se hallan «los demás»? cuando el país cuenta con una población que en su mayoría no es vasca de habla, ni rural, y, en gran parte, es de origen foráneo, especular sobre la posibilidad de imponer un criterio de unidad por la lengua resulta cosa inimaginable para muchos (e insoportable también)⁹⁴.

Sus últimos escritos —los más representativos están recopilados en sus obras *El laberinto vasco* (1985) y *Problemas vascos de ayer y de hoy* (1986)— se caracterizan por rechazar los derroteros seguidos por diferentes corrientes tecnocráticas y políticas protagonistas en el País Vasco actual, y evidentemente mucho más por el nacionalismo radical: «Este país vive en tiempos de tragedia: y la tragedia se basa en una falta de adaptación absoluta a su espacio y a un desconocimiento total del tiempo en que vive. Conservar tradiciones e idiomas es una cosa. Burocratizar la tradición y forzar el uso del idioma por medios coercitivo, es otra»⁹⁵.

Podíamos distinguir tres niveles en su crítica: 1) «Aquí se ha industrializado mal y se ha construido peor»⁹⁶. De ello hace depender la crisis moral que padecemos con los problemas de alcoholismo, droga, paro, etc. (Recordemos los capítulos «Dos fuerzas incontroladas: técnica y asignatura»; «Crisis moral y amaneramiento ideológico»; «El alcohol»; «La droga»). 2) «Nos hallamos ante un escollo para usar adecuadamente la palabra identidad aplicada al vasco»⁹⁷. La cuestión es saber, en relación con lo que se considera o es vasco, dónde, cómo y cuándo se pueden encontrar estas notas de igualdad, repetición e invariabilidad. La identidad-unidad está en juego. También la de la «cuotidaneidad». Lo que mayor problema acarrea a esa identidad hoy en día son las reacciones existentes en torno a la lengua. «Es evidente que no hay que enterrar al vascuence, porque está vivito y coleando y lo hablan bastantes miles de personas, aunque las cifras no sean nunca seguras. Es evidente que hay que fomentar su uso. Pero yo juzgo, también, que las vías pedagógicas usuales no son las que van a producir el efecto deseado, pues, la coacción, la presión, de nada valen... Hay que buscar un modo según el cual el aprendizaje del idioma sea placentero: ni más ni menos. Hay que cargar al vasco del contenido estético en primer término, y de cierta profundidad, en segundo... Esto se hace a base de arte, de poesía, de teatro, de música cantada, de prosa atractiva. Los artistas creadores debían ser los que tuvieran la iniciativa, no los maestros de escuela»⁹⁸. El político es el actor principal en la producción de esas reacciones, y a él se dirigen sus frases: «con gritos, alborotos, algaradas, amenazas no se llega a la «unidad»: menos a la «identidad». No nos podemos identificar unos con otros por vía de coacción... La «identidad» posible está, pues, amenazada por los mismos que quieren llevarla a un grado de

⁹⁴ Julio Caro Baroja, *Problemas vascos de ayer y de hoy*, op. cit., pág. 29.

⁹⁵ Julio Caro Baroja, *El laberinto vasco*, op. cit., pág. 10.

⁹⁶ *Ibid.*, pág. 10.

⁹⁷ *Ibid.*, pág. 119.

⁹⁸ *Ibid.*, pág. 115-116.

«imposibilidad»... Y, sin embargo, si hay una verdadera identidad vasca, ésa queda fuera de sanhedrines, conciliábulos y monopolios. Si hay una «identidad» hay que buscarla en el amor. Ni más, ni menos. Amor al país en que hemos nacido o vivido. Amor a sus montes, prados, bosques, amor a su idioma y sus costumbres, sin exclusivismo. Amor a sus grandes hombres y no sólo a un grupito entre ellos. Amor también a los vecinos y a los que «no son como nosotros»⁹⁹. 3)«Considero que lo "autonómico", político, existe en el ámbito de las leyes y que es cosa humana y artificial; a veces cosa «demasiado humana»¹⁰⁰. Se llega a ello por el estudio de los espacios. Claro es que un mismo espacio es algo muy distinto para el guerrero, el pastor, el agricultor o el artista y que el espacio sagrado es diferente al profano, que incluso se puede hablar de espacios legales de muy diversa índole. Y se llega a la siguiente conclusión: «Hoy en día en España estamos ante un problema político intrincado, que es el de cómo se pueden aplicar unas leyes autonómicas en «regiones históricas», conocidas y que a la par resulten favorables a la marcha general del país. Durante cinco años se ha predicado la excelencia de los regímenes autonómicos y se ha abominado del «centralismo», en abstracto o en concreto (pensando sobre todo en lo ocurrido desde 1936). Se ha llegado también a implantar unos importantes estatutos de autonomía y se proyectan otros: unos tienen razones históricas fuertes de existir. Otros no parecen que se deban más que a elucubraciones oportunistas... ¿Se quiere restaurar, en lo que se pueda, este concepto de «las libertades forales» frente al de libertad individual? En ese caso, a la larga, no arriendo la ganancia a los autonomistas. Sin embargo, yo creo que hay que seguir con el experimento autonómico adelante y hago todas estas observaciones no para atacarlo... sino defenderlo¹⁰¹.

A modo de conclusión general a nuestro estudio citaremos lo escrito por José María de Areilza con motivo del homenaje de Eusko Ikaskuntza a Julio Caro Baroja, pues creemos que sintetiza adecuadamente el espíritu que ha animado al investigador en su larga trayectoria: «Nos dijo que ha investigado con rigor científico, y particularmente, la identidad de los vascos y el pasado esencial de España. Afirmar la personalidad de un pueblo como el vasco es una noble e ingente tarea que en ningún caso puede hacerse de modo excluyente. Las aportaciones a esa definición colectiva vienen dadas por el caudal que aportan las sucesivas generaciones; con su lenguaje; sus preocupaciones; sus hábitos y creencias; y el sistema de ideas predominantes en cada época. Quien no integre todos esos valores —sin dejar fuera ninguno— no cumplirá la función de historiador, con fidelidad y veracidad. Tampoco es posible admitir un dogmático criterio unitario para definir la idea de España. La comunidad hispana es un resultado o una síntesis de aportaciones que representan una meta de llegada y no un imaginario pun-

⁹⁹ Ibid., pág. 123-124.

¹⁰⁰ Ibid., pág. 69.

¹⁰¹ Ibid., págs. 73-81.

¹⁰² José María de Areilza, «Un hombre del Renacimiento», in Julio Caro Baroja: Omenaldia, op. cit., págs. 293-297.

to de partida. Una y otra versión, la de la identidad de Euskal Herria y la de colectividad española, deben hacerse visceralmente compatibles y no cicateramente competidoras»¹⁰².

Jokin Apalategi



La villa Itzea, en Vera de Bidasoa